Capítulo 1 - - Solo merecimiento: Edición revisada (MHA, OC)

- Capítulo 1 - - Solo merecimiento: Edición revisada (MHA, OC)

Capítulo 1 - - Solo merecimiento: Edición revisada (MHA, OC)

Playa, Musutafu.

El día que desbloqueé mi poder, me deshice en pedazos, y eso no es una metáfora.

“¿Cuándo llega Nanami?” pregunté, con voz tranquila.

“No llegarán en media hora,” dijo la tía Hayami, “Es mejor que te bañes ahora si no quieres esperar—seguro que no les importará.”

Observé el lujoso abanico de papel que usaba para refrescarse, preguntándome por qué nunca veía a nadie más usarlo. Reflexionando cuidadosamente sobre qué responder, traté de decidir qué debía hacer. Si me bañaba ahora, Nanami podría molestarse por no haber esperado, y la última vez que se enojó, lloró casi diez minutos seguidos. No podía determinar si eso era mucho llanto comparado con la mayoría, porque Nanami era la única persona que había visto hacerlo con tanta frecuencia.

Como cuando escuché sobre un monstruo malvado que se escondía en los armarios y salía por la noche a llevarse a los niños pequeños. Pensé que era una historia interesante—sobre todo porque, si algo así sucedía lo suficiente para que corrieran rumores, entonces, ¿por qué no había nada en mi armario cuando lo revisaba? Pero cuando le pregunté a Nanami si había encontrado uno en su armario, se echó a llorar. También hubo un incidente en el que le dije que esperaría a ver el último capítulo de ‘Guerrera: Ninja Lunar’ con ella la próxima vez que viniera, pero luego lo vi en la computadora de Hayami esa misma noche. Nanami se molestó aún más esa vez, incluso después de prometerle que lo veríamos otra vez juntas, y todavía no entendía por qué.

Una vez, le pregunté a Tío Sajin por qué Nanami lloraba mucho más que los demás, y me dijo que estaba viendo toda la situación de forma equivocada. Aparentemente, todos lloraban y por motivos muy extraños. Le pregunté por qué no lloraba yo como los demás, y me respondió que solía llorar cuando era bebé. A Sajin no le gustaba mentir, así que estaba seguro de que decía la verdad en eso. Sin embargo, no podía recordar haber llorado por nada, ni siquiera una vez, y cuando pregunté al respecto, su respuesta fue que algunas personas sienten las cosas mucho más intensamente que yo, por lo que era más probable que se sintieran abrumadas o tristes.

A Sajin tampoco le gustaba llorar, así que, a su petición, le prometí que intentaría no hacer llorar más a Nanami, y como él estaría vigilando para asegurarme de que no rompiera esa promesa, tenía que tomarla en serio. Eso significaba que, para mantener mi palabra con Tío Sajin, debía evitar bañarme ahora, porque existía una alta probabilidad de que hiciera llorar a Nanami después de que llegara.

“Esperaré hasta que llegue Nanami,” decidí, “Así, no llorará—”

—mis dedos se desintegraron sin advertencia, cayendo en millones de granos de arena que se dispersaron entre el resto de la playa. Mis brazos, después, mis hombros, mi cuello, y luego el resto de mí. Mi vista cambió a medida que el efecto alcanzaba mi rostro, fracturándose en un caos de perspectivas superpuestas. La ceja alzada de la tía Hayami se transformó en una expresión llena de terror mientras me desintegraba ante sus ojos—y entonces, estaba en el suelo, o quizás era el suelo.

Todo parecía extraño, como si mirara en un millón de direcciones a la vez, cada grano de arena una nueva perspectiva desde la cual observar el mundo. Era demasiado confuso para comprender lo que estaba viendo, y pronto encontré una forma de reducirlo varias veces hasta que cada pequeño cúmulo de arena se convirtió en una nueva visión. Con esta red de visión más cohesionada, pude ver desde mil perspectivas diferentes cómo la tía Hayami enloquecía — ella reptaba por la arena sin la compostura que solía mantener, arañando y lanzando lo que empecé a comprender como partes de mí misma en su intento de descubrir a dónde podría haberme ido.

“Hisoka—¡Hisoka?” gritó Hayami, “No entres en pánico—todo estará bien—solo—solo—no te muevas.”

Realmente no podía entender dónde había ido mi cuerpo—quiero decir, mi cuerpo real, con mis brazos, mis piernas y todo lo que lo constituye—solo había una extensa red de presión expandiéndose por la playa, que crecía, menguaba, se retorcía y desplazaba según mi atención. Mi intento de responder a su pánico con algo no logró más que una salpicadura de arena elevándose desde la playa y dispersándose nuevamente—qué extraño era todo esto.

“¡Hisoka—eres igual que el tío Sajin, vale? Quizá un poquito peor—todo estará bien,” logró decir Hayami, “Solo necesitas recomponerte; tú puedes hacerlo, ¿verdad?”

¿Podría? Sentí alrededor esa presión, encontrándola extrañamente similar a la sensación que generalmente me permitía saber dónde estaban mis manos o pies. Estaba en muchos más lugares de lo habitual, pero podía sentirme, incluso si todas las partes a las que estaba acostumbrado habían cambiado de forma. Comenzando con lo que podía agarrar mentalmente, empecé a recopilar más esa presión, una tarea que enviaba ráfagas más fuertes de arena en dirección a la tía Hayami.

“Eso es—” balbuceó Hayami en medio del leve asalto. “Sigue haciendo eso.”

La abundancia de retroalimentación que recibí de esos intentos de movimiento me ayudó mucho a distinguir qué tenía que hacer para acceder a mí mismo, y en menos de un minuto, estaba moviendo la mayor parte de mí en una masa, condensando esa presión justo al lado de la tía

Hayami.

“Muy bien—ahora, necesitas—-crear la forma del montón,” intentó Hayami, aún sin estar completamente ella misma. “Recuerda cómo te ves, Hisoka—tienes dos brazos, dos piernas y un torso—”

El proceso se volvió más fácil a medida que me familiarizaba con el mecanismo de control para mover la arena, y pronto, era un bulto de arena con forma humana, de aspecto indefinido y apenas más que una figura en blanco.

“Perfecto—eso es perfecto. Ahora, necesitas poner una cabeza adecuada en tus hombros.” suspiro la tía Hayami, “Eso es— ojos, nariz, boca—los detalles ya empiezan a venir.”

Se volvía más cómodo con cada segundo, y cuanto más cerca estaba de formar una figura similar a la de mi yo anterior, más simple se volvía la tarea. Había algún tipo de automatismo en ese proceso de retorno, porque no tenía el control real para hacer ediciones tan finas en los detalles—y en algún momento, con solo un movimiento, pasé de ser una estatua de arena a ser el pequeño niño de cabello negro, Hisoka Higawara. La tía Hayami y yo permanecimos en silencio largo rato mientras parpadeaba varias veces. Mi cuerpo se sentía casi normal, salvo por el hecho de que ahora podía ver en todas direcciones a la vez, incluso desde la misma playa.

“Oh Dios mío, Hisoka,” exclamó Hayami, arrastrándome hacia ella con fuerza, “Me asustaste hasta dejarme sin aliento”.

Eso no parecía muy justo, considerando que no había tenido intención de hacer nada en absoluto, y toda la situación me había tomado por sorpresa igual que a ella. Desde que me recibieron por primera vez, habíamos discutido varias veces sobre las habilidades especiales, así que no era del todo extraño, ni completamente inesperado. Tanto mi padre como mi tío Sajin podían transformar sus partes superiores en arena, y la tía Hayami podía hacer lo mismo con la piedra. Sin embargo, nunca sus cuerpos completos, lo que me hacía preguntarme si esa era una elección que habían tomado para evitar tener que recomponerse como yo justo había hecho, o si simplemente era otro aspecto de mi vida en el que sería diferente. Aunque estaba de espaldas a Hayami, podía ver—por la parte posterior de mi cabeza—que un pequeño cocheplateado y familiar estaba en proceso de estacionarse detrás de mí.

—Lo siento, tía Hayami—dije antes de hacer una pausa—. Nanami está aquí.

En cuestión de segundos, el coche se detuvo por completo, la puerta trasera se abrió y Nanami corrió hacia la playa para encontrarse con ellos. Hayami parecía incapaz de procesar lo que había dicho; en lugar de eso, simplemente me sostuvo a distancia por un largo rato, mirándome como si quisiera asegurarse de que realmente había vuelto, y una vez que consiguió convencerse a sí misma de ello, se levantó.

—Voy a hablar con Hiroshi y Kana—logró decir Hayami, respirando con dificultad—. No te muevas, ¿vale? Solo—quédate aquí.

—Está bien, tía Hayami—así lo hice, aceptando—. Me quedaré aquí.

Nanami pasó de largo junto a mi tía, apenas dedicándole un saludo, y se detuvo frente a mí con los brazos extendidos a los lados, como si buscara abarcar toda la playa y el océano que la rodeaba con solo sus manos.

—Hisoka—dijo Nanami, con voz alegre—. Esperaste por mí.

—Sí—asentí—. Nanami, he aprendido algo nuevo—¿quieres verlo?

—Pues claro que quiero—exclamó Nanami, poniendo las manos en las caderas—. Muéstrame.

Me convertí en millones de granos de arena, y en ese instante, Nanami estalló en lágrimas—lo siento, tío Sajin, parece que ya rompí mi promesa.

Clínica Médica, Musutafu.

—Adelante, adelante—dijo la doctora Mimi—. Lamento que haya tomado tanto tiempo en conseguirte una cita; este mes ha habido un aumento en las habilidades especiales—aparentemente, es una época del año demasiado popular, si no te importa que lo diga.

Las dos mujeres intercambiaron una mirada divertida por encima de mi cabeza ante esas palabras, pero no lograba entender exactamente qué había provocado eso ni por qué esta parte del año sería más popular que otra—¿habría habido alguna festividad que me hubiera perdido? Tendría que preguntarle a Nanami.

—Seguro que sí—rió Hayami—. Soy su tía Hayami, y este es mi sobrino, Hisoka—saluda a la amable doctora.

Me aseguré de que no tuviera ningún anillo visible en la mano antes de hablar, porque la última vez que cometí ese error, recibí un comentario particularmente desagradable de la misma mujer.

—Hola, señorita—dije, con una inclinación—. Es un placer conocerte.

—¡Qué educación más fina—dijo la doctora Mimi, con un tono que parecía no creer que pudiera existir un joven tan cortés—. Es un placer conocer a un muchacho tan educado.

Curiosamente, la Tía Hayami se mostraba orgullosa de sus palabras, y una vez más el motivo exacto por el cual ello sucedía me enigmaba por completo.

—Me asustó mucho el otro día cuando de repente se convirtió en un montón de arena justo en medio de una oración —dijo Hayami, sacudiendo la cabeza ante sus propias palabras, movimiento que hacía balancear su larga melena tras los hombros—. Claro, la arena es muy característica en nuestra familia; su padre, su tío y su abuelo tenían una peculiaridad similar.

—Eso no es raro en las familias —acordó la Doctora Mimi, asintiendo—. Su padre debe ser ese héroe que puede convertir la parte superior de su cuerpo en arena. Creo haberlo visto en la televisión alguna vez.

—En realidad, es su Tío, pero sí, el padre de él tenía una cualidad muy parecida —explicó Hayami—. Lamentablemente, su padre ya no está entre nosotros.

La tía Hayami me dirigió una mirada rápida y furtiva en el último tramo de su oración, y solo pude suponer que era en respuesta a que el tema de mi padre había sido mencionado. Observé su rostro desde un punto de vista que surgía cerca de la parte superior de mi oído.

—Lamento mucho escuchar eso —dijo la Doctora Mimi, inclinando ligeramente la cabeza tras esas palabras—. Hayami, ¿puedo preguntarte—¿tienes alguna cualidad parecida a la tuya?

—Sí, puedo lograr algo muy similar a lo que hacen mis hermanos, pero con piedra —contestó Hayami, aparentemente más cómoda hablando de ella misma que de mi fallecido padre—. He hecho de mi habilidad una forma de vida, creando esculturas, en particular estatuas y bustos —su cualidad resulta bastante útil en esa área—.

—Ah —creo que en realidad también he visto algunas de tus obras —dijo la Doctora Mimi, mostrando interés—. Es algo realmente admirable.

—Sí, sí, eso es muy amable de tu parte —dijo Hayami, con los ojos brillantes—. Muchas gracias, querido.

Nunca la había visto tan llena de vitalidad, y me pregunté cómo un desconocido, que apenas acababa de conocerla, podía hacer que la Tía Hayami la mirara de esa forma con solo unas pocas palabras —¿sería ese un don que poseen todos los médicos, o simplemente ella sería especialmente poderosa?

—Bueno, entonces, vamos a atender a Hisoka, ¿vale? —dijo la Doctora Mimi, elevando nuevamente su tono a ese registro alto al agacharse un poco para hablar conmigo—. ¿Puedes contarme sobre tu cualidad, cariño?

El tono extraño llamó mucho más mi atención que el contenido de sus palabras, pero la expectativa de responder que colgaba en el aire fue suficiente para que comenzara a pensar en su pregunta. Era amplia, pero seguramente necesitaba ser así porque ella no sabía nada de mí hasta hoy. Dediqué un largo momento a asegurarme de que mi respuesta sería pertinente, y cuando estuve seguro de no cometer errores, hablé.

—Puedo convertirme en arena y también controlarla —dije, haciendo una pausa—. Además, puedo crear más arena también.

Mis palabras sonaron extrañas y torpes, el uso repetido de la palabra ‘ arena ’ las hizo parecer aún más temblorosas, y mi mente se sumergió en un torbellino de pensamientos sobre cómo podría haber expresado mejor esa idea —fruncí el ceño tras mi error, preguntándome si me permitiría intentarlo de nuevo.

—Eso es maravilloso, Hisoka —dijo la Doctora Mimi sonriendo—. ¿Te duele algo cuando cambias?

Observé su rostro, preguntándome si acaso pensaba que mi respuesta mal formulada era maravillosa o si, por el contrario, le interesaba más su particularidad. No me parecía claro a quién dirigía el comentario, y dado que ya esperaba la siguiente respuesta, me vi obligado a avanzar antes de poder solicitarle una aclaración. Reflexioné sobre la cuestión. Era difícil acostumbrarse a ver en todas las direcciones simultáneamente, pero nunca había causado dolor ni resultaba especialmente agotador. Desmoronarse tampoco dolía, pero cuando caí y me rasgué la piel de la rodilla, sí dolió—al menos hasta que reemplazé mi pierna por una nueva, después de lo cual dejó de doler.

“No, señorita,” le dije, y luego arriesgué una pregunta. “¿Las peculiaridades suelen doler?”

“Lamentablemente, algunas sí,” respondió la doctora Mimi, con tono aún elevado. “Aunque me alegra mucho saber que en la suya no es así.”

Ahora era evidente que ella cambiaba su voz cada vez que me dirigía la palabra, y luego volvía a emitirla al hablar con la tía Hayami. La razón por la que lo hacía no era tan evidente, pero ahora que lo había notado, se volvía imposible de ignorar, y a partir de ese momento, me encontré frunciendo el ceño. Había aprendido a evitar preguntar sobre cosas así en público porque a la mayoría de la gente no le agradaba responder mis interrogantes y también porque no quería incomodar a la tía Hayami. La doctora Mimi se inclinó tanto que casi tocó con la cabeza la mesa y luego se cubrió la boca con la mano como si quisiera revelarme un secreto, pero cuando habló, fue lo suficientemente alto para que la oyera la tía Hayami, lo cual parecía arruinar todo el propósito.

“¿Has utilizado mucho tu peculiaridad?” preguntó la doctora Mimi.

“Sí,” dije, “anoche llené mi habitación de arena.”

“¿Lo hiciste—?” dijo Hayami, “¿No vi ninguna cuando te desperté esta mañana?”

“La hice desaparecer antes de que entraras,” respondí, asintiendo. “Por eso no la viste.”

“¿Cómo la hiciste desaparecer?” preguntó la doctora Mimi. “¿Desapareció, o puedes—e-absorbirla?”

Había oído la palabra “absorbir” antes, sobre todo cuando el Ninja Luna intentó detener un ataque que podía destruir la Tierra, pero no creía tener muy claro qué significaba exactamente. No quería decir algo incorrecto, porque eso casi equivaldría a mentir, y había prometido a mi tío Sajin no hacerlo. Tampoco estaba seguro si podía preguntarle qué significaba o si eso formaba parte de la evaluación de la peculiaridad—esperaría hasta llegar a casa para buscar la respuesta.

“Decidí que no sé a dónde va,” resolví.

“Eso es muy interesante, Hisoka,” dijo la doctora Mimi, con esa cualidad extraña en su voz otra vez, “tengo más preguntas para hacerte, ¿está bien?”

Fruncí el ceño.

Parque, Musutafu.

Nanami Kureta fue mi primera amiga y, durante mucho tiempo después, la única que tuve—nos conocimos por primera vez en este mismo parque, cuando ella se acercó y me habló sin ninguna vacilación. Nanami apoyó sus manos en las caderas y luego preguntó si podía usar los columpios, de los cuales había dos, y en los que yo solo ocupaba uno—en aquel momento pensé que su petición era extraña, considerando que podría haber tomado el otro que estaba libre y que, además, no tenía ningún derecho personal sobre el parque público, por lo que no necesitaba solicitar permiso para ello.

Asentí en respuesta a su petición, dejando las tirolinas completamente a su disposición, y luego busqué el tobogán aéreo—solo que Nanami, en ese momento, decidió que también quería usarlo. Así que una vez más, la dejé allí sola, regresando a mi lugar en los columpios, sin darme cuenta de que Nanami en realidad no quería los columpios, ni tampoco el tobogán aéreo; lo que ella realmente deseaba era jugar conmigo.

Esa sería la primera vez que hice llorar a Nanami—pero entonces ni siquiera conocía su nombre, por lo que me gustaba pensar que no contaba. En aquel entonces, no sabía bien cómo tratarla ni cómo hacer que dejara de llorar, pero ella prometió detenerse si jugaba con ella, y así lo hice. De alguna manera, tras aquel día, la tía Hayami empezó a mostrar un interés particular en visitar ese parque en concreto. La frecuencia con la que me encontraba con Nanami Kureta no dejó de crecer, hasta que casi todos los días estábamos allí, y luego, Hiroshi y Kana Kureta incluso comenzaron a aparecer en casa de la tía Hayami—no recuerdo cuándo exactamente sucedió, pero en algún momento comencé a esperarlo con ilusión.

“¡No es justo!”, se quejaba Nanami, pateando la corteza. “Tengo dos años más.”

Estoy casi seguro de que Nanami no se refería exactamente a su edad, sino a la injusticia de que alguien con dos años menos que ella pudiera desbloquear su quirk y ella no lograba los mismos resultados—era un tema recurrente, y con los años, aprendería que Nanami podía ser muy impaciente.

“Pronto tendrás el tuyo propio”, dije antes de hacer una pausa. “Aunque también es posible que no consigas ninguno”.

El rostro de Nanami se frunció en una expresión muy familiar, y le miré, dándome cuenta, en el reflejo de ese momento, de que había vuelto a decir algo que la había molestado.

“Seguramente conseguiré uno”, logró decir Nanami, “y será algo increíble, como caballos voladores”.

“Eso también me parece a mí”, respondí con mucho cuidado. “Pero, ¿qué tiene de increíble eso?”

¿Deseaba convertirse en un caballo volador? ¿Quizá quería crear caballos voladores? O tal vez simplemente anhelaba tener el poder de comandar un caballo volador si se encontraba uno. Me pregunté por qué no querría un criatura que ya tuviera la capacidad de volar.

“Um… bueno, los caballos no suelen volar, ¿verdad?”, dijo Nanami, agitando los brazos, “Sería genial si de repente empezaran a zambullirse por el aire”.

Intenté imaginarlo con fuerza, pero no lograba visualizar la magia que ella sí podía tener, así que en su lugar, dirigí mi atención a mi mano. Generé arena desde la palma, compactándola hasta darle la forma que creí que tendría un caballo—y luego lo intenté varias veces, hasta que logré algo que no pareciera una masa con cuatro apéndices, una vez que estuve seguro de que asociaría mi creación con el caballo que pretendía representar. Entonces, lo envié flotando tambaleándose por el aire.

“¿Ves?”, dijo Nanami, claramente emocionada con la criatura. “Pero, Hisoka, no le pusiste alas”.

¿Se suponía que debía tener alas? Nunca había visto un caballo con alas, y dudaba que un caballo pudiera levantarse del suelo aun teniendo esas alas. El peso y la forma seguramente lo impedirían, ¿no? Concentré un poco más, añadiendo dos formas vagamente aladas que surgían de su espalda—la masa alada agitó sus grandes tentáculos de arena y luego explotó.

"Oh," logró decir Nanami.

Reconociendo las señales de inmediato, tomé medidas para cumplir mi promesa con el Tío Sajin antes de que pudiera romperla otra vez—me incliné por completo, como había hecho la Doctora Mimi, y me cubrí la boca con la mano.

"No soy muy buena todavía, así que me aseguraré de practicar para la próxima," dije con un volumen completamente normal. "¿De acuerdo, Nanami?"

La sonrisa de Nanami se iluminó con la promesa, y asentí, satisfecho por mi éxito—no sabía exactamente por qué había funcionado, pero había ciertas cosas que los adultos hacían que se parecían mucho a eso; al imitarlas, encontré una manera de aprovecharlo para mí. Con la felicidad restaurada, Nanami volvió a destruir el área cercana y lanzó otra rociada de corteza con su zapato.

"Todos los demás en mi clase ya tienen uno," empezó Nanami, luego frunció el ceño. "Haru también se burló de mí—es un tonto."

Haru era un villano en entrenamiento de su clase, o al menos eso había deducido por cómo Nanami hablaba de él. Muchas de sus historias implicaban que el otro niño decía algo equivocado y la hacía llorar. Al principio, sentí una especie de parentesco distante con el otro chico, considerando lo a menudo que parecía lograr lo mismo por accidente. Pero cuanto más hablaba de él, más me daba cuenta de que en realidad no éramos tan iguales, y empezaba a pensar que la razón por la que ella seguía mencionándolo era porque quería que hiciera algo—pero no estaba seguro de qué era.

"¿Quieres que lo haga que deje de molestar?" pregunté.

Había escuchado cuántas veces Haru había estado en problemas y estaba claro que los maestros ya habían hablado con él antes, pero nada de lo que se había intentado hasta ahora parecía funcionar. Quizá si me esfuerzaba lo suficiente, podría encontrar algo que sí funcionara.

"De ninguna manera,"rió Nanami, "seguro que te golpearía."

No tenía muy claro qué significaba eso ni si Haru era del tipo de persona que lo haría, pero Nanami conocía a ambos, así que probablemente podía confiar en su palabra.

"Vale, Nanami," accedí.

En lugar de calmarla—como pensé que sería—mi acuerdo pareció tener el efecto contrario.

"Vamos, no te rindas tan rápido," dijo Nanami, poniendo las manos en las caderas. "Deberías decir que lo golpearás si vuelve a molestarme."

"Oh," dije, "¿Quieres que le dé una nalgada a Haru por ti?"

"No quiero que le pegues solo porque te lo pido, tonto," dijo Nanami, cruzándose de brazos. "Quiero que quieras pegarle porque es malo conmigo."

La forma en que lo dijo me hizo pensar que repetía algo que había escuchado de otra persona. Reflexioné sobre lo que me pedía, tratando de entender qué es lo que realmente quería que hiciera. En realidad, no quería pegarle a Haru, en parte porque todavía no entendía bien qué significaba eso, y en gran medida porque en realidad no quería nada en absoluto—salvo quizás asegurar que Nanami no llorara. No entendía bien lo que me decía, en realidad, pero quizás ella quería que actuara sin que se lo pidiera primero. Sea lo que sea que Nanami consideraba bueno en eso, no estaba seguro, pero supongo que no necesitaba saberlo para hacer lo que ella quería. Todos tenían reglas tan extrañas que querían que siguiera. Parecía que cada día descubría una nueva. A veces, era tan difícil mantenerles el ritmo, pero pensaba que quizás mejoraba en ello—además, Nanami era mi amiga, y el Tío Sajin me había dicho que debía protegedarla.

"Haré las cosas bien a partir de ahora," dije, "Lo prometo."

La sonrisa de Nanami era radiante.

Residencia Higawara, Musutafu.

"Hola, amigo," dijo el tío Sajin, "¿Disfrutando de tu cumpleaños? No todos los días cumples seis, ¿sabes?"

No cumplías años cada día, y no podía imaginar una situación en la que eso fuera así—qué cosa tan extraña de decir. Aunque no entendía muy bien lo que quería expresar con esas palabras, sonreí de todos modos.

"Tío Sajin," dije, "¿Te dieron día libre?"

"Sí," respondió el tío Sajin, "Casi no fue posible, pero moví algunos hilos—ahora, ¿qué me dices de esa historia de que te estás convirtiendo en arena, eh? ¿Sigues el lado apuesto de la familia, veo?"

Había visto las fotos familiares de mi padre, el tío Sajin y la tía Hayami de cuando eran jóvenes—los tres tenían cabello rubio y ojos azules. Mi padre, al igual que el tío Sajin, tenía un poder relacionado con la arena, pero mi madre poseía un poder que involucraba la niebla. Recordaba claramente las imágenes de mi madre en la repisa del piso de abajo y, por la apariencia, me parecía mucho a ella, con cabello oscuro, ojos y piel pálida. Por lo que podía deducir, ambas ramas familiares eran atractivas, pero su comentario parecía referirse a mi poder, lo cual me dejaba totalmente confundido sobre lo que quería decir o a qué lado de la familia se refería exactamente.

"Qué susto le di a Hayami," dije, optando por la respuesta segura. "Y a Nanami, después también."

El tío Sajin esbozó una sonrisa al escuchar esas palabras, su gran bigote tupido se movía sobre su labio y su expresión cambió—tenía esas líneas en las esquinas de la boca que Nanami decía que provenían de sonreír mucho.

"¿La hiciste llorar otra vez, huh?" dijo el tío Sajin, agitándose la cabeza. "Es como si fuera un reloj."

Sin poder evitarlo, susurré la frase característicamente de mi tío Sajin sin querer, y entonces él se agachó y me acarició la cabeza.

"Intentaré hacerlo mejor," prometí.

"Eso es todo lo que podemos hacer, Hisoka," dijo el tío Sajin con aprobación. "Mantén esa mentalidad, y sabrás que estoy orgulloso de ti—¿vale, amigo?"

No era la primera vez que decía algo así, y todavía no estaba seguro de qué significaba exactamente, pero de alguna manera, sabía que era algo que deseaba—quería que él estuviera orgulloso de mí, y si solo con intentar mejorar era suficiente, entonces lo haría.

"Está bien, tío Sajin," dije.

"Tendré que reservar un tiempo cada día para enseñarte," dijo el tío Sajin, "Hay algunas cosas que aprendí sobre mi poder y que hubiera querido haber empezado a explorar cuando era mucho más joven—¿has probado algo con él ya?"

"Llené mi habitación de arena," respondí, "Pero la tía Hayami me dijo que no hiciera nada más hasta que tú me hablaras."

"¿Toda la habitación? Eso es mucho arena para alguien que apenas empieza," comentó con interés el tío Sajin. "¿Crees que puedas hacer mucho más?"

Pensé en la pregunta y en lo que ya había visto—había tanta arena en la playa que estaba seguro de que podía influir en mucho más que lo que había logrado concentrar en mi habitación, pero no estaba seguro de tener suficiente control para garantizar que lo que produjera hiciera exactamente lo que quería.

"Creo que puedo hacer mucho más," afirmé.

¿En serio?—preguntó el tío Sajin, rascándose la barbilla pensativo—.¿Es todo tu cuerpo, verdad?, no solo la parte superior.

Asentí ante sus palabras, y el tío Sajin soltó un suspiro profundo, con los ojos buscando los techos que se extendían ante nosotros. Las voces dentro de la casa se volvieron más fuertes por un momento, y lancé una mirada hacia la puerta corredera de cristal, convencido de haber oído a Nanami—¿cuándo habían llegado?

“En los próximos días haremos una excursión a la playa”, decidió el tío Sajin. “Ahora, ¿por qué estás aquí afuera, en realidad—espérate, déjame adivinar—¿había demasiada gente en la casa?”

“Yo iba a—”—comencé a decir.

La voz de Nanami resonó desde el interior de la casa mientras llamaba a todo pulmón, el ruido atravesando la puerta cerrada del balcón sin disminuir ni un solo poco. Era tan alto que salía distorsionado, y solo podía imaginar que decía mi nombre.

“Es como un reloj suizo”, dijo el tío Sajin, riendo de nuevo—.Ven, mejor no la hagas celebrar tu cumpleaños sola, o quizás vuelva a llorar.”

Mansión Higawara, Musutafu.

La voz de Nanami flotó por las escaleras y se coló por debajo de la rendija de la puerta de mi habitación, la emoción en su tono anunciando su llegada. Las voces que asociaba con Hiroshi y Kana siguieron un momento después, más suaves y sin tanta emoción, pero aún con una energía extraña. Comencé a absorber toda la arena que había extendido por la habitación al escuchar las pisadas furiosas subiendo la escalera, ya sabiendo a dónde se dirigían. Me puse en medio de la habitación, listo para esperar a que la puerta se abriera de golpe—Nanami casi se tropezó cuando la puerta se abrió más rápido de lo que ella había previsto, pero ese casi error no lograba disminuir su energía.

“Hisoka,” dijo Nanami, sonriendo radiante. “¿Adivina qué?”

Teniendo en cuenta que su cita para descubrir su peculiaridad había sido programada para hoy—algo que había escuchado en varias ocasiones desde que ella se enteró—y que estaba claramente emocionada, la explicación más lógica era que su peculiaridad, que hasta entonces era desconocida, finalmente había sido identificada. Casi quise interrumpir, pero luego pensé en un futuro en el que la hiciera llorar por inquietarla al querer revelármelo.

“Hola, Nanami,” dije antes de hacer una pausa. “No lo sé; ¿qué es?”

Nanami se sonrojó por la pregunta, retorciendo las manos detrás de la espalda mientras se balanceaba sobre los talones.

“Descubrí cuál es mi peculiaridad,” dijo Nanami, con una sonrisa brillante. “Por fin.”

Era una ocurrencia bastante oportuna, considerando que el año escolar comenzaría en apenas un par de días. Ahora, al menos, no tendría que sentirse mal cada vez que alguien le preguntara por su peculiaridad. Esto también significaba que mi propio inicio escolar se acercaba, y por primera vez, íbamos a asistir juntos a la misma escuela, algo que ya me había dejado claro el tío Sajin—en concreto, que, dado que estábamos en grupos de edad diferentes, no compartiríamos clases ni profesores. No estaba seguro de que Nanami hubiera entendido esa parte todavía, pero tal vez por eso él me lo había mencionado, para darme más tiempo de prepararme para esa futura realidad.

“Felicitaciones,” dije, “¿Qué hace?”

Mi interés en la pregunta era completamente sincero, porque las peculiaridades eran mucho más interesantes que la mayoría de las cosas con las que había interactuado—tenía razón; los caballos voladores eran geniales, pero la verdadera razón era que podían hacer algo que era inusual, poco común, o incluso único. De cualquier modo, Nanami sonrió con entusiasmo ante mi interés.

—Es una peculiaridad de amplificación, —dijo Nanami, pronunciando con ritmo constante y claramente ensayado, la palabra cayendo en un suave compás de sílabas—. Bastante impresionante, ¿verdad?

Nunca había escuchado esa palabra antes, así que no podía saber si era genial o no, pero mi interés en el tema aumentaba aún más—leer era bueno, pero descubrir el significado de nuevas palabras era mejor.

—Muy interesante, —dije—. ¿Qué significa amplificación?

Nanami frunció los labios mientras yo repetía la palabra sin dividirla en partes.

—Significa que puedo mejorar los poderes de otras personas—eso fue lo que dijo el doctor—. Incluso manifestó que en el futuro seré muy popular.

Podría aceptar que el significado de la palabra era lo que ella decía, pero tendría que buscarlo después, solo para asegurarme, ya que varias veces había estado equivocada respecto a cosas como esa.

—Creo que ahora ya eres muy popular, Nanami—dije—. Me alegra que hayas obtenido tu quirk.

Me alegraba porque parecía ser un tema muy delicado para ella, uno que a menudo terminaba con lágrimas en sus ojos.

—Gracias, tengo mucha suerte por tener un quirk tan bueno—dijo Nanami, poniendo las manos en las caderas—. Y—y—un día lo usaré para ser una heroína increíble, como tu tío.

—¿Quieres convertirte en heroína, Nanami?—pregunté.

—Sí —dijo Nanami, sonriéndome radiantes—. Tú también tienes que ser héroe, y así formaremos un equipo—seremos súper famosas y salvaremos el mundo juntas, ¿vale?

El mundo entero parecía un lugar bastante grande, y me pregunté qué cosas tendríamos que salvar o si, en realidad, necesitaba ser salvado en primer lugar.

—Está bien, Nanami—asentí—. Vamos a salvar el mundo.

Los ojos de Nanami brillaron con intensidad.

Residencia Higawara, Musutafu.

Procedí a rellenar las grietas, huecos, agujeros y cada espacio que encontraba en toda mi habitación, hasta que no quedara ninguno vacío. Después, extraje una columna de arena del centro del espacio. Una masa de arena se elevó, moldeándose lentamente en la figura que había estado intentando crear durante varios días. La observé desde todos los ángulos y desde dentro, guiándome por la presión para detallar los rasgos—tras varios largos minutos, mi duodécimo intento de crear una figura de Nanami quedó en pie. No era tan detallada ni precisa como la que mi tía Hayami había hecho días atrás, cuando le pedí ayuda por primera vez. Eso no fue del todo inesperado, considerando que la tía Hayami era una artista de renombre mundial y una perfeccionista declarada.

El tío Sajin incluso me había dado algunos consejos, pero parecía pensar que hacer modelos a escala completa era algo extraño y que debería limitarme a hacer figuras pequeñas hasta que tuviera más soltura. La tía Hayami me había contado tantas cosas sobre cómo estructurar el rostro que no estaba seguro de recordar la mitad, y de esa mitad, no podía implementar muchas ni tampoco distinguir claramente los detalles que ella intentaba señalar. Mi trabajo era terrible por ahora, pero el tío Sajin parecía creer que poseía el potencial para ser tan bueno como ellos o incluso mejor, siempre que continuara practicando todos los días—el lema familiar Higawara parecía repetirse muchas veces en esas conversaciones.

“Fuerza y perseverancia,” dije.

Dejé que la estatua se desmoronara y enseguida comencé un nuevo intento—hoy sería mi primer día en la Escuela Primaria de Musutafu, y según la tía Hayami, allí aplicaban un estricto código de vestimenta. El uniforme escolar que ella había traído estaba doblado cuidadosamente sobre la cama—actualmente enterrado bajo un montón de mi arena—y tendría que ponérmelo antes de salir. Nanami había protestado varias veces acerca del uniforme, pero no me molestaba tanto el color, el estilo ni el hecho de que fuera injusto que los chicos pudieran usar pantalones o pantalones cortos, mientras las chicas sólo podían usar faldas.

Estaba mucho más interesado en ver los rostros de las personas que allí estarían y luego compararlos con todos los nombres de los que había oído tantas historias. El tío Sajin había predicho con precisión que Nanami se daría cuenta de que no estaríamos en la misma clase, y para hacer que dejara de llorar, me vi obligado a prometer—a destacar tanto en los exámenes que mi profesora no tendría otra opción que ponerme en su clase. No estaba seguro de si los maestros podían hacer algo así, pero Nanami parecía bastante segura en ese momento. No se suponía que pudiéramos usar nuestras habilidades en la escuela, pero quizás, si tenía mucho cuidado, podía

enviar algo de mi arena para que se sentara con ella durante la clase. Así, podría ver de primera mano todos los rostros y nombres en su aula—Nanami, que estaba en medio de la sala, se deshacía en pedazos cuando perdía concentración.

“Fuerza y perseverancia,” repetí.

Empecé el proceso de nuevo, la arena se levantaba formando la figura familiar—Nanami seguía siendo mi única amiga, aunque hubo varios intentos de la tía Hayami por cambiar esa situación. Ninguno de ellos había funcionado tan bien, y en cada ocasión, simplemente volvía a sentarme con mi tía. Nanami, que había estado presente en varios de esos intentos, lograba llevarse bien con todos, y los demás niños parecían gustarle.

No es que no me gustaran los otros niños o que no hubiera intentado llevarme bien con ellos. Es más correcto decir que no les gustaba yo o que había algo en mi manera de actuar que los alejaba—era demasiado diferente. Hacía demasiadas preguntas. Tardaba mucho en responder. Usaba demasiadas palabras. Era demasiado silencioso. No era rápido ni enérgico. Miraba demasiado. Hacía preguntas difíciles. Me aburría con facilidad. Usaba palabras grandes. Preguntaba cosas tontas. Decía las cosas equivocadas—fue la primera vez que realmente noté que existían diferencias claras entre cómo Nanami interactuaba con el mundo y cómo lo hacía yo. Aún no podía entender qué eran esas diferencias ni qué significaban, pero ahora parecía que podía verlas en todas partes.

La Nanami recién reconstruida se encontraba en el centro de mi habitación. La cara era incorrecta, los ojos demasiado separados, con párpados que sobresalían demasiado. Su boca se estiraba demasiado y estaba demasiado alta en su cara. Aplané la cara y empecé de nuevo, concentrándome primero en los detalles más pequeños, pero no quedó mucho mejor que antes. La tía Hayami podía hacer una réplica exacta de una persona después de verla una sola vez, una habilidad que le había llevado años de su vida y una dedicación extrema al arte para lograrla. El tío Sajin podía construir varias figuritas en miniatura en la palma de su mano antes de que se enfrentaran en una pelea—un nivel de control de su habilidad que había conseguido tras casi veinte años de ser un héroe profesional.

Incluso mi padre se suponía que tenía inclinaciones creativas, aunque nunca había visto nada que hubiera hecho o aportado. Toda la familia Higawara parecía compartir algún tipo de talento o pasatiempo artístico, y me sentía profundamente incómodo ante la posibilidad de estar a la altura de esa expectativa. La noche pasada, había visto al tío Sajin extender su brazo de manera elegante para dejar una copia perfecta de mí en un parpadeo. Cuando intenté igualar esa hazaña y crear una copia del tío Sajin, ambos se rieron del gran bigote que había cubierto deliberadamente en la figura, para no tener que preocuparse por los detalles de su rostro—la estatua de Nanami en el centro de mi habitación de repente había adquirido un bigote muy familiar.

“Fuerza y perseverancia,” dije.

Rehice y volví a formar la figura de Nanami, poniendo especial atención en la forma de sus ojos, nariz y boca, asegurándome de que no tuviera ningún signo de vello facial incorrecto. La concentración extrema llevó a que lograra—según mi propia evaluación—el mejor intento hasta

ahora, aunque también le faltaban ambas cejas y una de sus orejas.

“Hisoka,” llamó Hayami desde algún lugar de abajo, “baja a comer o llegarás tarde a tu primer día.”

Nanami colapsó, y toda la arena que llenaba la habitación se acumuló hacia adentro, desapareciendo bajo mi piel otra vez. Introduje una sola finísima brizna en mi uniforme antes de reformar mi cuerpo dentro de él, hasta estar sentado en la cama, completamente vestido—ya era hora de comenzar mi primer día en la escuela.

Oficina del director, Musutafu.

Yukiko Sarada apoyó las manos firmemente sobre el escritorio del director, y su voz salió en un susurro lleno de ira. Había visto llorar, gritar y reír a muchas personas, pero jamás había observado a alguien con tanta rabia como ella en ese momento—a pesar de que claramente estaba en graves problemas, no pude evitar encontrarme fascinado por la escena.

“No voy a esperar,” susurró Yukiko, agitando su mano en dirección a mí. “Tú vas a explicarme exactamente cómo— sucedió esto.”

Un rubor rojizo empezó a subir en el rostro del director Kazu, quien se reclinó hacia atrás para mantener cierta distancia entre ambos. Aunque no hubiera pronunciado aún las palabras, tuve la sensación clara de que ese hombre preferiría estar en otro lugar.

“Señorita Sarada, por favor siéntese, y llegaremos al fondo de esto,” dijo el director Kazu con voz firme. “La señorita Higawara está en camino—”

“¿Al fondo de esto?” estalló Yukiko, girando de repente y apuntando con un dedo en mi dirección. “Esa pequeña maldición—”

El director Kazu se levantó de un salto, dominando la habitación con su imponente presencia, al ponerse de pie para detenerla antes de que dijera la palabra que Nanami había sido castigada por pronunciarlo hace dos semanas.

“Señorita Sarada, por favor siéntese,” insistió el director Kazu, “Vamos a—”

De repente, la puerta se abrió sin aviso, y la tía Hayami entró en la habitación con aspecto agitado—la noté un momento y sin dudarlo se encaminó directamente hacia mí.

“Hisoka,” dijo la tía Hayami, “¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? ¿No te has hecho daño, verdad?”

“¿Está bien? ¿Se ha lastimado?” logró decir Sarada. “Mi esposo está sentado junto a la cama del hospital de mi hijo después de que ese pequeño bastardo le rompió el brazo.”

Tía Hayami se estremeció ante la palabra y luego giró para enfrentar a Yukiko, una expresión de furia igualada emergiendo en su rostro por las palabras—no recordaba haber visto su semblante

retorcerse de una forma tan intensa antes, sus rasgos volviéndose agudos, angulosos, casi con un aire ave.

“No uses ese lenguaje delante de él,” dijo Tía Hayami, casi vibrando de ira. “¿Cómo te atreves—”

“Que te den,” gruñó Yukiko, con su propia rabia brillante. “Tú—”

“Eso es suficiente,” tronó el director Kazu, golpeando con fuerza las palmas sobre su escritorio. “Ambas, quédense en silencio.”

Una grieta enorme atravesó el mueble antes de que se desplomara en el centro y se viniera abajo, apoderándose del suelo. Todos quedaron en silencio ante la pérdida de compostura del colosal hombre, y me pregunté si sería su tamaño lo que le permitía romperlo, o si era fruto de un poder que aumenta su fuerza.

“La señorita Higawara, su hijo ha estado involucrado en un incidente muy grave esta mañana,” dijo el director Kazu con voz completamente controlada. “La pelea dejó a otro alumno con el brazo roto; esto es indiscutible, ya que había varios testigos del suceso, incluidos dos profesores.”

Tía Hayami se volvió para mirarme, quedando en silencio, sin poder encontrar las palabras para afrontar la situación. Yukiko parecía disfrutar viendo a mi tía tan perdida—yo tomé la palabra para señalar el error que había notado.

“En realidad, Hayami es mi tía,” dije en medio del silencio. “No mi madre.”

Las palabras consiguieron distraer la atención de todos de Tía Hayami, y asentí, aceptando la mirada fija en mí. El director Kazu aclaró su garganta al oírlo, aparentemente asimilando la nueva información, y en su rostro se dibujó un ceño.

“Entonces, debo disculparme por mi error,” dijo el director Kazu. “Hisoka, esta es una situación muy seria, y tienes muchos problemas—¿por qué hiciste esto?”

Tía Hayami parecía atrapada, incapaz de aceptar claramente lo que sucedía a su alrededor—Yukiko parecía estar entre querer llamarme hijo de puta otra vez y querer escuchar qué tenía que decir. No estaba seguro si el director Kazu conocía a Haru Sarada, pero parecía estar familiarizado con Yukiko Sarada, así que decidí empezar por ahí.

“Haru ha estado acosando a Nanami desde su primer año en esta escuela,” dije. “Hoy, le cortó la coleta por la espalda con unas tijeras—ella estaba muy alterada, así que rompí su brazo.”

Tía Hayami y el director Kazu me miraron fijamente durante un largo momento, pero Yukiko pareció recobrar su energía.

“Acaba de admitir que rompió deliberadamente el brazo de mi hijo,” dijo Yukiko, apuntando con su dedo hacia mí otra vez. “Quiero que este pequeño psicópata salga de esta escuela.”

“No le llames así,” susurró Tía Hayami.

Tía Hayami dio un paso hacia Sarada, y me pregunté si iban a pelear.

“Suficiente,” insistió el director Kazu, con una voz profunda y fuerte. “Señorita Sarada, por favor, espera en el pasillo mientras trato esto—no abandones el edificio. Quiero hablar primero sobre las acciones de Haru.”

“¿Las acciones de Haru?” susurró Sarada, “No me voy a ir hasta que me digas que será expulsado.”

“No será expulsado porque este es su primer delito,” explicó Kazu, levantando la mano para impedir que ella hablara. “Hisoka, sin embargo, será suspendido por un mes.”

“¿Un mes?” logró decir Hayami. “Eso—él no puede—tiene que ir a la escuela—”

Observé cómo la ira que parecía marcar el rostro de Yukiko cambiaba ligeramente, sus mejillas se elevaban un poco y sus ojos se entrecerraban. Su boca era una línea recta, sus labios presionados con firmeza, pero si no fuera por ese esfuerzo deliberado, pensaría que casi sonreía—qué curioso era que parecía más interesada en ver a la tía Hayami irritada que en otra cosa.

“El director Kazu enviará los trabajos de clase de su hijo a su casa, y podrá asegurarse de que no se quede atrás,” dijo el director Kazu antes de volver a mirarme. “Hisoka.”

Yukiko no hizo intento alguno por abandonar la habitación, y me volví para dirigirme al hombre que justo había hablado conmigo.

“¿Sí, director Kazu?” respondí.

“El señor Kazu, aunque agradezco mucho que me haya dicho la verdad —este tipo de comportamiento es completamente inaceptable— tanto en la escuela como en la sociedad en general,” dijo Kazu, frunciendo sus gruesas cejas negras que se unían en un pliegue sobre su nariz. “Si otro alumno te hace enojar en el futuro, no lo solucionarás lastimándolos; acudirás a mí y me lo explicarás—¿entiendes lo que te pido?”

Había una desconexión aquí, y sentí la necesidad de hablar para aclararla, porque no me había enojado cuando Haru cortó la coleta de Nanami, ni tampoco cuando ella vino a decirme lo ocurrido. Ni siquiera me enojé cuando le pregunté a Haru por qué lo había hecho, ni cuando me amenazó con golpearme si contaba algo. No rompí su brazo por enojarme; lo hice porque hacía llorar a Nanami. Debí haber tardado demasiado en responder, porque tía Hayami respiró con dificultad, temblorosa.

“Hisoka,” logró decir tía Hayami. “Respóndele.”

Me pregunté si tal vez, a veces, era mejor dejar que la gente siguiera pensando cosas que no siempre eran correctas.

“Si me enojo o veo que sucede algo malo, hablaré contigo primero,” dije asintiendo. “No haré daño a nadie más.”

“Muy bien,” dijo el director Kazu, “señorita Sarada, ha visto lo que quería; por favor, espere afuera.”

La casi sonrisa de Yukiko se esfumó, dejando paso a una expresión mucho menos interesante, aunque no sabía si era porque también ella había notado el error en las palabras del director Kazu o simplemente porque no estaba satisfecha con la resolución. De cualquier modo, Yukiko Sarada se giró y abrió la puerta con más fuerza de la necesaria antes de detenerse en el umbral.

“Nunca vuelvas a acercarte a mi hijo, pequeño monstruo,” dijo Sarada. “¿Lo entiendes?”

“Sí, señorita Sarada,” respondí. “La entiendo.”

La puerta se cerró de golpe, haciendo vibrar las letras, premios y certificados que adornaban las paredes—el que tenía la palabra ‘Certificado’ escrita en oro en medio, cayó al suelo y se pulverizó. Las manos de tía Hayami estaban ahora apretadas en puños a sus lados, su piel cambiaba a un tono gris familiar, producto de su peculiaridad que comenzaba a afectarle la piel. El director Kazu se quedó entre los escombros de su escritorio, con la cara en las manos—la escuela era dura.

Residencia Higawara, Musutafu.

Tras el incidente de Haru, me encontraba castigado, algo que nunca había experimentado antes salvo en las historias que Nanami me había contado sobre lo que ella había pasado. Quedarme en mi habitación sin salir más que para comer, ducharme o usar el baño estaba prohibido hasta que finalmente levantaran mi suspensión. Además, se me restringió aún más el uso de internet y hacer muchas cosas divertidas. Podía leer, pero solo libros de no ficción. También, tía Hayami me informó que me visitarían con un médico especial para un chequeo y que, al volver a la escuela, comenzaría a asistir a citas regulares con el consejero escolar para asegurarse de que estaba bien. Lo último parecía menos un castigo y más una muestra de que estaban preocupados de que pudiera volver a hacer algo indebido.

No había considerado realmente qué sucedería después de romperle el brazo a Haru; aparte de que así él no podría cortarse más coleta. Había estado demasiado pendiente de solucionar el problema que tenía ante mí, sin pensar en las consecuencias que seguirían. No había considerado que Haru tendría que ir al hospital ni que los profesores empezarían a gritar. Tampoco pensé en que Nanami volvería a llorar, ni en que, una vez más, yo sería la causa de sus lágrimas. No reflexioné sobre que los padres de Haru estarían preocupados por su herida, ni en que la escuela no aprobaría que los alumnos se pelearan. No pensé en que usar mi poder en público estaba prohibido, ni en que emplearlo para dañar a alguien constituía un delito. Tampoco consideré que no me permitirían ver a Nanami, ni que ella no podría venir a verme hasta que levantaran mi suspensión.

Sin Nanami cerca, todo se volvía tremendamente silencioso, y los días parecían extenderse en una eternidad. Mi lista de cosas que quería decirle se había vuelto tan larga que ya quizás había olvidado algunas de ellas. Hace unas horas, el tío Sajin vino a verme y me pidió que le contara todo lo ocurrido. Le expliqué cada detalle de lo que pasó entre Nanami, Haru y yo. Permaneció en

silencio hasta que terminé y después me pidió que repitiera todo, pero en mayor detalle. Quiso saber qué pensaba en cada momento y si había considerado otras opciones. Preguntó si sabía cómo se sentían Nanami o Haru, o si alguna vez había sentido algo fuerte respecto a ello. Me sugirió que buscara soluciones alternativas para cada paso y que imaginara qué habría pasado si las hubiera tomado. Se tomó su tiempo para explicarme cuáles habían sido mis errores y qué habría hecho él en mi lugar.

Lo memorizé todo, grabándolo en mi mente, y me maravilló cuántas decisiones distintas pudo haber tomado en realidad. Escuché atentamente todo lo que me decía y lo añadí a la lista interminable de reglas sociales que esperaba cumplir y con las que debía aprender a navegar. Después, él bajó las escaleras y yo quedé solo en mi habitación, reflexionando. La voz del tío Sajin llegaba desde abajo, y un momento después, la tía Hayami contenía un llanto, ambos con un tono completamente distinto a su habitual serenidad. No entendía sus palabras, con los obstáculos en el camino, pero el volumen y la intensidad eran evidentes. La voz de la tía Hayami era rápida, aguda, con pausas irregulares, y transmitía rabia, tristeza y desesperación. La de mi tío, en cambio, sonaba más tranquila, segura, no completamente enojada, sino cerca de ello.

Aunque no lograba oír exactamente qué decían ni ver sus expresiones, el contexto dejaba claro cuál era el problema.

—Soy yo —susurré.

Desde que ocurrió lo del incidente, la tía Hayami había estado distante, evitando mi habitación salvo en lo imprescindible. No era muy distinto a nuestra relación habitual, pues ella nunca había sido demasiado cariñosa conmigo, y no era porque le disgustara, sé que eso no era así. La tía Hayami siempre había sido la guardiana perfecta. Pero, al decir esas palabras en la oficina del director Kazu, quedaron muy claras las líneas que delimitaban nuestra relación: ella era mi tía, no mi madre.

La tía Hayami nunca había querido tener hijos—esto lo sabía, porque la había oído decirlo a Hiroshi y Kana en una ocasión—y había tomado la decisión de no formar una familia propia. Eligió no establecerse y no tener su propia descendencia. Esa elección fue alterada cuando mis padres fallecieron hace dos años, y se esperaba—socialmente, y quizás como un acto de deber—que ella me acogiera como si fuera suya. La tía Hayami podría haber dicho no, porque sabía que existían los orfanatos. Podría haber seguido disfrutando la vida que se había ganado con su exitosa carrera. Podría haber viajado al extranjero, como había mencionado, o asistido a eventos, fiestas y reuniones acordes con su estatus social. Podría haber experimentado todo lo que deseaba, pero en su lugar, puso su vida en pausa para asegurarse de que yo creciera protegido y cuidado.

El tío Sajin también se ofreció, pero no existía esa misma expectativa social de suspender su propio futuro. Reconocía que mi existencia había causado problemas a ambos hermanos de mis padres, pero no sabía qué debía hacer al respecto o si incluso podía hacer algo. Cuando decidí romperle el brazo a Haru, quizás debería haber considerado cómo mis acciones también le afectarían a él, porque ahora había logrado que la tía Hayami llora también, y una vez más, había complicado más las cosas para ambos.

La voz del tío Sajin volvió a subir las escaleras, más suave, más tranquila, en un patrón familiar que me permitió deducir lo que había dicho.

“Fuerza y perseverancia,” susurré.

El tío Sajin siempre había tenido un récord impecable en cuanto a acertar, y sus consejos parecían facilitar las cosas. Hice todo lo posible por seguir sus reglas y quise cumplir todas las promesas que me pidió. Él me dijo una vez, hace mucho tiempo, que todos lloramos, y ahora, al frotarme los ojos, comprendí que tenía razón una vez más.

Escuela Primaria Musutafu, Musutafu.

“Hisoka,” dijo la tía Hayami, respirando profundamente. “Sé que ya estás cansado de que te diga esto, pero necesito que me prometas que no lastimarás a ninguno de los otros estudiantes, ni siquiera si te enojas, ¿de acuerdo?”

“No lastimaré a nadie, incluso si me enojo,” respondí. “Prometo ser bueno, tía Hayami.”

La tía Hayami me observó durante un largo rato, estudiando mi rostro en busca de algo que no podía entender; luego, sin ninguna razón aparente, sonrió. Por un momento, acarició mi cabello con sus dedos, intentando peinarlo.

“Muy bien—eso está bien,” dijo la tía Hayami, exhalando. “Que tengas un buen día, Hisoka.”

Una vez satisfecha, me giró suavemente y me envió hacia la puerta de la escuela. Fui con gusto y sin quejas, preguntándome si el edificio en que pasé solo un día había cambiado desde que me fui—el último mes no había sido fácil. La tía Hayami había pasado gran parte de ese tiempo llorando en la privacidad de su habitación, y yo había hecho lo posible por mantenerme al margen. No tenía intención de hacer las cosas más difíciles para ella de lo que ya eran, y eso implicaba retirarme aún más en la soledad a la que ya me había acostumbrado.

El tío Sajin vino a hablar conmigo anoche. La hora de la charla dejó claro que la conversación giraría en torno al próximo día escolar, y había dedicado un tiempo a explicarme con paciencia algo complejo. No lo había entendido por completo, pero creo que había logrado captar una especie de comprensión de lo que intentaba transmitirme. Aquello se basaba en nuestras conversaciones previas y, en ella, él me había guiado para pensar activamente en cómo reaccionan las personas a mi alrededor. Para indagar más allá de la superficie, más allá de las palabras que usan o el tono en que las pronuncian, hacia las intenciones reales que intentan comunicar—y utilizar el contexto más amplio de lo que deseo y lo que desean los otros para determinar qué es lo que en realidad se está transmitiendo.

Había sido algo que casi hacía sin pensar, en forma casi inconsciente, hasta ese momento, y ahora que era consciente de que debía hacerlo, me quedé con la sensación de que todo lo que había dicho hasta entonces era una larga cadena de errores. Había dependido casi por completo de los patrones, frases, palabras y gestos que había observado en las personas a mi alrededor y que

imitaba, pero eso solo funcionaba cuando la acción encajaba bien con el contexto en que se realizaba. El día en que usé la mentira de la señora Mimi para hacer que Nanami dejara de llorar funcionó porque a Nanami le gustan los secretos, y aunque no le había contado uno, ella pensó que sí. Necesitaba empezar a pensar en esas cosas con anticipación, en qué debería decir y qué hacer, mucho antes de que surgiera la situación en la que lo necesitara. Debía practicarlo todos los días, igual que cuando aprendí a controlar mi quirk—quizás esa era la clave del por qué el tío Sajin parecía siempre saber las respuestas a mis preguntas.

“Fuerza y perseverancia,” dije.

Si lo hubiera pensado desde la perspectiva de todos los que estaban involucrados en la situación, probablemente no habría decidido romper el brazo de Haru. Si hubiera reflexionado lo bastante, quizás habría encontrado una solución más inteligente, que no hubiera causado tantos problemas a la tía Hayami. Si simplemente lo hubiera meditado, tal vez habría comprendido que no vería a mi única amiga durante un mes entero.

“Hola, Nanami,” dije.

“Hisoka,” lloró Nanami, a punto de estrujarme en el intento de darme el abrazo más fuerte que jamás había sentido. “Eres un tonto.”

Perdón, tío Sajin, me equivoqué otra vez.

Higawara Manor, Musutafu.

El héroe más grande del mundo era un hombre muy extraño, o al menos eso parecía. Nunca había visto a alguien sonreír tan a menudo ni con tanta energía como All Might—ni siquiera Nanami era tan alegre. Cada foto del hombre mostraba la misma sonrisa radiante. Cada póster, figurita y carta coleccionable era exactamente igual. Todo el material en internet mostraba al héroe sonriendo. Incluso cuando hablaba, se podía percibir un halo de alegría alrededor de su boca. Me preguntaba si solo podía sonreír y si todo lo demás quedaba de alguna forma atrapado, o si simplemente All Might nunca había tenido un día triste ni un momento en el que se enojara. Me preguntaba si era una sonrisa sin nada detrás, como la que a veces hacía para que Nanami también sonriera.

Todo parecía girar en torno a All Might, estaban por todas partes, y aunque eso siempre había sido así, ahora que Nanami había despertado un interés especial en el héroe, esa presencia parecía multiplicarse mil veces. Gracias a ese nuevo interés, se esperaba que hubiese visto, leído o al menos conocido cada una de las hazañas impresionantes que aquel hombre había protagonizado. Eran muchas cosas que recordar, y pasaba mucho tiempo investigando sobre All Might y todos los demás héroes con los que había estado involucrado. La cantidad de material era considerable, y no quería perderme de nada, por lo que tenía que comenzar desde lo más antiguo. Lo primero que encontré fue un artículo que hablaba de la colaboración entre All Might y David Shield en Estados Unidos y cómo aquel país sería una fuente de inspiración para los ataques especiales del héroe.

No tenía muy claro de dónde sacaba Nanami su información sobre All Might, pero seguramente leía mucho; su determinación por convertirse en heroína tampoco se había debilitado. Casi todas nuestras conversaciones terminaban tocando temas relacionados con héroes, villanos o peculiaridades de alguna forma. No me molestaba ese tema, ya que las peculiaridades eran interesantes, y muchos de esos mismos héroes y villanos poseían habilidades que resultaban particularmente llamativas. Los otros niños en la escuela tampoco tenían problema con ello, pues parecía que los héroes eran lo único de lo que todos querían hablar.

Esa información debería haber sido útil para socializar con los demás estudiantes, pero solo tener conocimientos no era suficiente para usarlos efectivamente. Como consecuencia directa del incidente de Haru en mi primer año, dañé irreparablemente mi reputación y, incluso ahora, casi dos años después, todavía no se había recuperado. Yukiko Sarada había iniciado una especie de cruzada en redes contra el director Kazu, la escuela, la tía Hayami y yo, y aun hoy, si buscaba en línea sobre el colegio, podía encontrar artículos completos que hablaban del asunto, algunos incluso usando mi nombre. Haru Sarada fue retirado de la escuela por sus padres, prefiriendo eso a aceptar una suspensión por su participación en el acoso, del cual seguramente fueron víctimas todos en su curso.

Nanami era la única en la escuela que quería interactuar conmigo fuera del aula. Los otros estudiantes tenían miedo de que repitiera las acciones de mi primer año, o bien, tenían padres que les aconsejaban mantenerse alejados, por si las dudas. La exclusión social no era muy distinta a cómo ya me habían tratado mis iguales anteriormente, así que parecía haberme acostumbrado a ello. Sin embargo, Nanami no estaba habituada a los comentarios malintencionados ni a que, cada vez que optaba por sentarse conmigo en el almuerzo, los demás parecían desaparecer. A pesar de ello, ella permaneció a mi lado tras aquel episodio, y aunque algunos de sus amigos habían aprendido a tolerar mi presencia, era evidente que ninguno se sentía seguro cuando yo estaba cerca, e incluso algunos le habían dicho a Nanami lo mismo. Esto tensó nuestra amistad, y aunque Nanami se negó a admitirlo, yo lo mencioné en dos ocasiones distintas; en ambas logré molestarla, pero la segunda fue mucho peor. Sugerir que podría dejar de hablar conmigo en la escuela para engañar a sus amigos y que volvieran a acercarse fue un error, pero uno que ya quedó atrás.

La obligatoriedad de mis citas semanales con el consejero escolar permanecía, pero no me resultaba molesta; Takeda Yasunari gozaba de cierta popularidad entre los estudiantes; era amigable, paciente y siempre explicaba las cosas con detalle. Sin embargo, el problema surgía cuando alguien se daba cuenta de que debía asistir allí. Eso sucedió hace mucho tiempo, y la información se difundió por toda la escuela muy rápidamente. De vez en cuando, alguien notaba una de mis citas, y se desataba una nueva oleada de rumores, susurros y miradas que comenzaban de nuevo.

Mi vida en casa no había cambiado en nada realmente significativo, aunque sí hubo algunos pequeños cambios. El tío Sajin y la tía Hayami debieron llegar a algún acuerdo, porque ahora había momentos en los que la tía Hayami desaparecía durante semanas, y en esos periodos, el tío Sajin me cuidaba a mí. La disposición de la tía Hayami parecía mejorar mucho tras su regreso, como si se revitalizara con cada viaje que realizaba. Eso me daba la oportunidad de pasar mucho más tiempo con el tío Sajin, y fue en esas semanas cuando me inscribieron en tres clases diferentes de artes marciales —Jeet Kune Do, Karate y Muay Thai— en un intento por encontrar la que más me

gustara.

Tras una sola lección de cada una, no había desarrollado afinidad alguna que perdurara, por lo que el tío Sajin decidió que me inscribiera en la última. Cada entrenamiento me dejaba las piernas muy doloridas, y el resto del cuerpo no se libraba mucho mejor. Me dijeron que con el tiempo dolería menos a medida que mi cuerpo se fortaleciera, y el tío Sajin se encargó de que no arruinara ningún progreso al recomponer mi cuerpo después de cada clase. A diferencia de otras ocasiones en las que se esperaba que socializara con otros, esto parecía ir mucho mejor. Quizá era porque la clase era con chicas y chicos mayores, o porque las sesiones eran más cortas y el enfoque más puntual, pero al menos no le tenían miedo.

Restaurante, Musutafu.

El décimo cumpleaños de Nanami fue una celebración interesante, una que pasó por varias versiones en la planificación antes de que la tía Hayami finalmente convenciera a Hiroshi y a Kana de reservar una mesa en lo que empezaba a parecerme un restaurante sumamente costoso. No lo había entendido bien hasta que Nanami me invitó por primera vez a una fiesta de pijamas, pero parecía que sus padres no estaban tan acomodados como la tía Hayami, y ello quedó reflejado en lo incómodos que parecían por lo caro que había sido esa cena para ella. Nanami parecía ajena a ello, o al menos no le afectaba, porque no podía dejar de sonreír a todos en el restaurante, sin ninguna señal de incomodidad.

«Hayami—esto parece un gasto excesivo», susurró Kana, «No tenías por qué preocuparte tanto».

Kana quedó en silencio mientras varios camareros llegaban con sus pedidos, y Hiroshi parecía tímido cuando una mujer elegante colocó un plato frente a él.

«No es ningún problema; solo quería hacer algo bonito por Nanami», dijo la tía Hayami, haciendo un gesto con la mano para disimular la vergüenza de la otra mujer. «Además, Hisoka no me habría dejado escuchar el final de esa historia si no fuera así».

Estaba bastante seguro de que nunca le había mencionado nada al respecto, pero no me importaba cargar con la culpa si eso facilitaba las cosas para ella. Nanami parecía muy contenta con cómo había salido todo, bateando las piernas bajo la mesa mientras la camarera colocaba su plato. Kana se acercó y puso su mano en mi hombro, en lo que interpreté como una especie de gratitud mal dirigida—I me aseguré de sonreír.

“¿Un cumpleaños?” dijo la camarera, “¡Ay, qué edad tienes hoy, pequeña señorita?”

“Diez,” respondió Nanami, corgándose con orgulloso ademán ante la atención. “¿Y tú, cuántos tienes?”

La pregunta provocó una serie de reacciones de diversión entre todos en la mesa, y no lograba comprender exactamente por qué. Había hecho la misma consulta a un profesor una vez, y ella no había mostrado interés alguno — Nanami parecía mucho más hábil en estas cosas.

“¿Yo?” respondió la camarera, sonriendo ahora. “Treinta y nueve.”

“Vaya,” dijo Nanami, impresionada. “Eres un anciano.”

Eso provocó otra ronda de risas y una carcajada tímida por parte de Hiroshi — La tía Hayami parecía incapaz de contener su diversión, incluso cubriéndose la boca.

“Nanami, no deberías decir eso,” dijo Kana, sonrojándose. “Lo siento mucho—”

“Está bien, señora,” respondió la camarera, entre risitas. “Disfruta de tu día especial, cariño.”

“Gracias, señorita,” dijo Nanami, dejando escapar otra sonrisa radiante. “Hisoka—¿qué tan genial es esto?”

“Muy genial,” asentí con entusiasmo.

Escuchaba a los adultos conversar, el intercambio de palabras interrumpido por bocados de comida de exquisito sabor, y cuando Nanami empezó a comportarse un poco más ruidosa, Hiroshi insistió en que se comería toda la tarta de cumpleaños de Nanami si no se portaba bien. Estaba seguro de que era una treta, pero Nanami tomó la amenaza mucho más en serio. En algún momento durante la cena, me distraje al observar un grupo de personas peculiares que estaban sentadas en una mesa justo detrás de Hiroshi. Lo único que compartían era el vestir de trajes de negocios de alta calidad, cada uno en un tono oscuro diferente. Dos mujeres y tres hombres, en diferentes formas y tamaños, estaban representados entre ellos.

La primera persona destacaba únicamente por su bigote ridículamente tupido y su estatura notablemente baja. El vello facial de este hombre era completamente desordenado, sobresaliendo a los lados, cubriendo la mayor parte de la parte inferior de su rostro, asegurando que su expresión fuera indecifrable. A pesar de estar sentado de noche en un lugar con poca iluminación, llevaba unas gafas de sol gruesas sobre los ojos. La segunda mujer que pude ver tenía el cabello rosa brillante, que le caía por debajo de la mesa y más allá de la vista. Su boca había sido claramente afectada por su peculiaridad, ya que lucía una sonrisa permanente, estirada por toda la cara, con una fila de dientes afilados y perfectamente encajados.

El tercero era un hombre enorme, de piel oscura y gafas angulares sobre la nariz, con una serie de tatuajes que se entrecruzaban en sus manos, dedos, cuello y rostro. Nunca había visto a alguien tan grande, y estaba seguro de que, si se pusiera a su lado, incluso superaría la altura de All Might. La cuarta era una adolescente, de baja estatura, piel bronceada y peinado estilo duendecillo en tonos dorado y negro, dividido en línea recta en medio. A diferencia de los otros, sus mangas estaban remangadas hasta los codos, y era evidente que, pese a ser la segunda más pequeña en la mesa, sus brazos mostraban definición muscular.

El quinto, un hombre alto con ojos excepcionalmente agudos, tenía los brazos cruzados sobre el pecho mientras se recostaba en su asiento, con una expresión neutra en su rostro. Lo más sorprendente de él era que su piel era realmente azul. Era la primera vez que veía algo así, y, al seguir observándolo desde mi perspectiva, noté que poseía un par de aletas dentadas que sobresalían de sus codos, inclinadas hacia atrás y atravesando un orificio personalizado en su traje.

Mientras los observaba, me di cuenta de que también nos estaban observando a nosotros. Aunque no podía precisar quién era exactamente, lo más probable era que hubieran visto a la tía Hayami — no sería la primera vez que alguien la reconociera en público. Volteé la cabeza por primera vez para mirar al grupo con mis propios ojos. En un curioso momento, el hombre de piel azul me miró, atrapando mi mirada.

Los dos nos quedamos mirándonos durante mucho tiempo, sin que ninguno de los dos apartara la vista—

“¿Hisoka?” dijo Nanami, “Oye, deja de ignorarme, tonto.”

Interrumpí el contacto visual con el hombre de ojos estrechos y me volví para enfrentarla, dejando a un lado al otro grupo por completo en mi mente.

“Lo siento, Nanami,” dije, “¿Qué estabas diciendo?”

Playa, Musutafu.

“Parece que ha pasado una eternidad desde la última vez que fui a la playa,” dijo el tío Sajin, “Había olvidado cuánto mejora mi alcance estar cerca de tanta arena—todo se siente tan fácil aquí abajo.”

Asentí en señal de acuerdo mientras el tío Sajin agitaba su mano en un arco, y una ola de arena se alzaba ante nosotros, consolidándose en una maraña sumamente detallada de edificios superpuestos—una sección transversal de Musutafu en diminuto, con una marejada amenazando sobre todo ello. Intenté imitarlo, pero mientras las caras rectangulares planas de los edificios resultaban fáciles de manejar, agregar tantos pequeños detalles aún escapaba a mis habilidades.

“Vas mejorando,” dijo el tío Sajin con interés. “En unos años llegarás, solo necesitas seguir practicando en este momento.”

La ola de arena se desplomó sobre la ciudad, sepultándola en un instante, y no quedó nada salvo una extensión plana de arena. Intenté copiar la manipulación, levantando la ola para que cayera lentamente sobre la ciudad, pero el timing fracasó y todas las estructuras se derrumbaron antes de recibir el impacto. El tío Sajin rió feliz al ver el desfile de destrucción y luego empezó a crear escenas cada vez más complejas para que intentara reproducirlas. Logré imitar la mayoría, aunque cada intento fue empeorando a medida que él aumentaba la dificultad de sus propias creaciones, hasta que sentí la necesidad de enviar una maremoto a estrellarse en su última obra en un acto silencioso de protesta. Acabamos creando un par de figuras humanas para enfrentarse allí mismo en la playa, pero fue una batalla desigual—mi maniquí toscamente moldeado, rígido y sin expresión, no podía avanzar mucho frente a la réplica a escala perfecta de All Might. Finalmente, dejé caer mi figura dañada al suelo en señal de derrota, mientras la suya permanecía de pie, triunfante, sonriendo ampliamente en su pose robada.

“¿Suelen llegar tan tarde?” preguntó el tío Sajin.

“Han llegado tarde algunas veces,” respondí. “Pero no tanto.”

“Tendré que decirle a Hayami que te compre un teléfono,” dijo el tío Sajin, rascándose el bigote pensativo. “No sabes su número, ¿verdad?”

Le levanté la mano con la palma hacia el cielo y, usando mi arena, escribí en el aire la secuencia de números memorizados. El tío Sajin asintió en señal de reconocimiento y sacó su teléfono. Tildó los números y luego lo acercó a la mejilla—

“Buzón de voz instantáneo,” dijo el tío Sajin, observándolo unos momentos. “Probablemente estén conduciendo, intentaré de nuevo en unos minutos.”

“De acuerdo,” asentí.

Hubo un instante de silencio antes de que el tío Sajin levantara su propia mano y las palabras ‘ fuerza y perseverancia ’ se escribieran en el aire—el levantamiento de ceja fue toda la motivación que necesité para intentar replicarlo.

“Es como un reloj, ¿verdad?” dijo el tío Sajin, “Todas esas vacaciones en las que ella se va—Hayami parece más feliz, así que realmente no puedo culparla.”

Ese realmente había sido el acuerdo al que habían llegado. La tía Hayami quería tomarse un tiempo para ella misma, y el tío Sajin estaba dispuesto a ayudar más para que eso ocurriera. Según lo que había entendido, había tenido que reducir sus horas de trabajo para cuidarme cada vez que ella se ausentaba—nunca dijo nada al respecto, pero tenía la sensación de que el tío Sajin estaba más molesto por la pérdida de horas laborales de lo que admitía.

—Lo siento, Tío Sajin,—susurré—. Si fuera mayor, podría cuidarme solo, y no tendrías que pasar tanto tiempo alejado del trabajo.

El Tío Sajin extendió la mano y puso su mano en mi hombro antes de negar con la cabeza.

—No seas ridículo, Hisoka,—dijo—. Después de que tus padres fallecieron, debería haber estado más presente, y eso fue culpa mía, no tuya—eres un niño; no tienes nada que lamentar.

Realmente no sabía cómo responder, así que me quedé en silencio y continué esforzándome por escribir el lema de la familia Higawara.

—Katashi también era mi hermano, así que no debí haber dejado que Hayami se encargara por completo de cuidarte—fueses egoísta,—dijo el Tío Sajin—. Pero ahora estoy aquí, y no tengo planes de irme, ¿vale?

—Vale,—asentí.

—Bien,—dijo el Tío Sajin—. Voy a intentar llamarlos otra vez.

Habían pasado unos minutos desde el último intento, pero todavía no contestaban, y el rostro de Sajin se fruncía en expresión preocupado.

—Quizá se olvidaron de venir,—dije.

—De haber sido así, aún habrían respondido al teléfono,—aseguró el Tío Sajin—. ¿De quién es este número?

—De Kana,—respondí.

—¿Sabes su línea fija?—preguntó el Tío Sajin.

Sabía, pero solo sonaba el teléfono sin que nadie respondiera, lo cual no nos acercaba a entender por qué no habían llegado.

—Sé que conducen ese pequeño auto plateado,—dijo el Tío Sajin, mirando el espacio de estacionamiento casi vacío cerca de allí—. ¿Sabes su dirección? Entonces, vámonos a ver si están en casa.

Los Higawara, en Musutafu.

Hiroshi, Kana y Nanami no estaban en casa, pero su coche permanecía en el camino de entrada. Durante los siguientes dos días, ni Kana ni Hiroshi respondieron a sus móviles. En aquel momento, no comprendía realmente qué tan grave era el asunto. Al principio, asumí que habían hecho lo que siempre hacía Tía Hayami y que se habían ido de vacaciones, sin avisar a nadie. También pensé que regresarían cuando terminaran con lo que sea que la gente hace en esas ocasiones—pero eso no fue lo que ocurrió. Hiroshi Kureta, Kana Kureta y Nanami Kureta fueron declarados oficialmente desaparecidos el 17 de marzo, y se inició una investigación de inmediato para localizarles.

Supe esto el mismo día, después de que el Tío Sajin me recogiera en la escuela y me explicara que la Tía Hayami acortaría su viaje. Nos quedamos en el coche largo rato mientras él me relataba todo lo que había aprendido de la policía—es decir, que no se había encontrado nada. No había cámaras ni grabaciones que los mostraran caminando por ningún lado. Ningún vecino había sido testigo de que salieran de la casa. No había maletas, ropa desaparecida, ni artículos de aseo que indicaran que habían partido a algún lugar. Los dos celulares, sus billeteras y las llaves del coche estaban dentro de la casa. No había notas que indicaran su destino ni signos de entrada forzada en el domicilio.

Nanami había estado en la escuela el viernes—lo sabía porque había almorzado con ella—pero no regresó tras la excursión fallida a la playa. Los tres simplemente desaparecieron sin dejar rastro. La ausencia de Nanami fue notada, y la noticia ya había recorrido toda la escuela. Ya había escuchado varios comentarios desagradables acerca de “la psicópata”—que había hecho algo malo—algo que empezó a llenar de ira por primera vez en mí. La marginación social, las acusaciones injustas, la falta de nuevas pistas sobre su paradero—y, lo peor, que Nanami no estaba allí para hablar conmigo sobre todo ello. Todo esto comenzaba a acumularse en mi interior,

y en lugar de romper mi promesa a Tía Hayami y al director Kazu de enfadarme con alguien, busqué a mi tío Sajin.

Nuestra práctica de habilidades y mis lecciones de Muay Thai se volvieron mucho más frecuentes, una vía de escape que solo resultaba en piernas adoloridas y una bolsa de arena golpeada. No lograba disipar la ira; en cambio, solo me dejaba cansado y perdido. Cuando Hayami finalmente regresó de sus vacaciones abortadas, volví a llorar y ella se unió a mí.

Mansión Higawara, Musutafu.

Había pasado un mes completo desde la desaparición de Nanami, y no se había tenido noticia alguna sobre la situación. La tía Hayami actuaba de manera extraña, hablándome con más frecuencia, preguntándome cómo me sentía en cada momento, y pidiéndome que pasara más tiempo con ella haciendo cosas como ver películas o unirme a grupos de aficiones. A su vez, mis sesiones de práctica con el tío Sajin aumentaron en frecuencia otra vez, y mi mejor suposición era que intentaban llenar el espacio que solía compartir con Nanami con algo más, en un esfuerzo por distraerme.

Mis días en la escuela transcurrían en silencio, sin interactuar con ninguno de los otros estudiantes a menos que la clase lo requiriera, y había comenzado a pasar las noches investigando todo lo que pudiera sobre personas desaparecidas en internet. Aprendí muchos hechos sobre secuestros y víctimas de estos delitos, pero lo que parecía más relevante era que en los últimos cincuenta años, estos casos se habían vuelto cada vez más frecuentes. Las principales causas de estas desapariciones eran la demencia en los ancianos; en segundo lugar, las disputas por la custodia de los niños, donde uno de los padres había retirado ilegalmente al menor de su tutor legal de alguna forma. Ninguna de esas parecía aplicable en el caso específico de Nanami, pero las terceras y cuartas causas más comunes—el tráfico de habilidades y la trata de personas, respectivamente—podrían serlo.

Nanami poseía un poder útil y, además, muchos decían que era increíble; por eso, era posible que alguien la hubiera tomado por dicha razón. En cuanto lo comprendí, fui a hablar con el tío Sajin para decírselo, y él me aseguró que esa era la primera cosa que la policía había investigado. También me dijo que debía concentrarme en mis estudios y que, como niño, ese tipo de trabajos detectivescos no era algo en lo que debería involucrarme. Me sentí tonto por unos diez minutos, hasta que me di cuenta de que el tío Sajin había conocido la razón más probable de la desaparición de Nanami durante un tiempo indefinido y no había compartido esa información conmigo.

Aunque entendía que probablemente había evitado decir algo para protegerme, no podía soportar la idea de que me negaran el acceso a la misma información que todos los demás poseían. No dejé de buscar, e incluso, comencé a dedicar más tiempo a descubrir qué más podrían haber averiguado y qué tal vez yo no sabía, y a lo largo de todo esto, esa ira seguía creciendo.

Mansión Higawara, Musutafu.

Al regresar a casa del colegio, encontré a la tía Hayami recostada medio en la mesa de la cocina, con el rostro hundido en sus brazos, llorando. El tío Sajin estaba sentado a su lado, con las manos enlazadas descansando contra su frente; se levantó al verme entrar.

“Hisoka, tenemos algunas cosas que decirte, y no te van a gustar,” dijo el tío Sajin, con voz suave. “Por favor, siéntate.”

El tono de su voz fue suficiente para que entender que algo había salido mal, y aunque la tía Hayami a veces lloraba, nunca había sido así. Me senté a su lado, observando su rostro con intención de anticiparme a lo que podría decir.

“Hace cinco días, Hiroshi Kureta fue encontrado varado en una playa a varias horas de aquí, en una pequeña ciudad portuaria”, dijo Tío Sajin. “Aún están investigando, pero se cree que murió a mediados de marzo — la causa fue ahogamiento.”

Miré fijamente sin decir nada, con los puños apretados mientras algo horrible en mi interior parecía cambiar en respuesta a esas palabras — había tantas preguntas atravesando mi cabeza, y me resultaba difícil siquiera decidir si podía hacer alguna.

“El policía, junto con varios héroes, ha estado buscando en la zona desde que fue encontrado. Hace cuatro días, localizaron el cuerpo de Kana Kureta; ella también estaba — en un estado similar”, dijo Tío Sajin, con voz cuidadosa. “La búsqueda continúa, y el cuerpo de Nanami aún no ha sido encontrado, pero — lo siento, Hisoka.”

Hiroshi y Kana estaban muertos, y eso significaba que nunca más podría escuchar sus voces, ver sus rostros, o ver cómo regañaban a Nanami por su mala educación. Hiroshi y Kana estaban muertos — pero Nanami seguía desaparecida, y eso significaba que aún seguía viva.

“¿Cómo pudieron llegar allí?” pregunté.

“No lo sabemos”, dijo Tío Sajin. “No condujeron, y no hay registros en ninguna de sus cuentas que indiquen que compraron algo en el camino, ni billetes para algún barco o medio de transporte.”

La tía Hayami, aún sollozando, se levantó de golpe, dando un paso titubeante en mi dirección, y luego me envolvió en sus brazos. No me moví; mis manos seguían apretadas bajo la mesa, y aunque apretaba la mandíbula con fuerza, nada podía impedir que las lágrimas amenazaran con salir.

“Todo estará bien, Hisoka —” logró decir la tía Hayami, “Todo estará bien.”

“La búsqueda continuará por una semana más, como máximo”, dijo Tío Sajin. “Si Nanami no aparece en ese tiempo, el equipo que la busca se disolverá, y se declarará oficialmente su fallecimiento.”

La tía Hayami tembló contra mi espalda, pero su apretón en mí parecía sólo intensificarse. No podía entender cómo podían simplemente declarar eso sin haberla encontrado antes. Sin su cuerpo, no tenían ninguna prueba definitiva de que estuviera muerta — entonces, ¿cómo podían

rendirse después de sólo una semana buscándola?

“¿Quién hizo esto?” pregunté.

“No lo sabemos; no hay indicios sobre cómo llegaron allí donde fueron encontrados, ni se obtuvo ninguna información de los cuerpos que explicara el motivo”, dijo Tío Sajin, claramente frustrado. “El caso está frío, y a menos que podamos encontrar a Nanami — no, incluso si la encontramos, es poco probable que logremos capturar a los responsables.”

Eso sonó exactamente a que iban a dejar de buscar, y no podía pensar en nada en toda mi vida que odiara más que esa idea de rendirse con Nanami.

Parque, Musutafu.

La predicción de Tío Sajin sobre el resultado de la investigación había sido exacta, pero por primera vez, deseé que se hubiera equivocado. La investigación había continuado casi toda la semana, y mucho de lo ocurrido se había difundido públicamente. Había grabaciones, artículos, y todo lo demás en las noticias, en internet, e incluso en la radio. Se creó una línea de ayuda, y la extensa cobertura mediática, junto con la recompensa que había ofrecido la tía Hayami, habían provocado que decenas de miles de personas llamaran. La mayoría de los consejos, según Tío Sajin, había sido inútil, ya que él había seguido involucrado en el caso hasta el final.

El cuerpo de Nanami no había sido hallado, y la investigación se dio por cerrada de manera abrupta. El estado de los dos cuerpos que se habían encontrado era tan deplorable que ni siquiera llegaron al cementerio. La tía Hayami ayudó a pagar la ceremonia funeraria de su bolsillo, y los tres asistimos. Había muchas más personas en el funeral de las que había imaginado; Hiroshi y Kana eran queridos en sus respectivos círculos sociales, y la mitad de la escuela Musutafu probablemente había estado presente. Nunca pensé ver a tantas personas llorando al mismo tiempo o en un solo lugar, pero eso solo confirmaba lo que el tío Sajin había procurado decir: era cierto. Después del funeral, tuve mi primera verdadera discusión con la tía Hayami.

Le dije que había cometido un error, y como esperaba, no lo tomó muy bien. Era una conclusión a la que había llegado mucho antes de decidir decir esas palabras, pero en esta ocasión sentí que tenía que pronunciarlas. Es cierto que a veces no necesito señalar un error cuando lo veo, y que otras veces está bien dejar que las personas piensen lo incorrecto, incluso cuando sé que la verdad es otra. Pero también existen momentos en los que no puedo soportar la idea de dejar algo sin decir. La hice llorar otra vez, algo que no quería, pero que ya esperaba. Verla llorar no ayudó a aliviar su dolor ni a aminorar su ira; solo lo acrecentó, añadiendo otra capa de presión sobre todo lo demás.

En lugar de ser testigo del dolor que le había causado, huí de la casa, completamente solo y mucho después de caer la noche—lo cual seguramente iba en contra de las reglas. Es probable que me castigaran por ello, pero en ese momento no parecía importarme, porque un mes encerrado en mi habitación no difería en nada de un mes afuera. Nanami estaba desaparecida, y al igual que la policía, los periodistas y la opinión pública en general, se habían rendido. No me importaba que no

hubiera evidencia de que ella siguiera viva. No me importaba que la conclusión más evidente de todo esto fuera que Nanami se había ahogado en el océano junto a sus padres. Nadie había visto su cuerpo, por lo que nadie podía saberlo con certeza. Nanami no estaba muerta, y por eso la tía Hayami había cometido un error. Solo debían haber dos lápidas en el cementerio, pero en cambio, había tres.

Parque, Musutafu.

El parque cambió de noche; bañado por la luz de la luna, proyectaba sombras sinuosas, y en esa contraposición, parecía que las sombras se retorcían. Estoy seguro de que a Nanami no le gustaría así, pero yo no sería capaz de rechazar ninguna lágrima si eso significaba poder verla de nuevo. Nanami no estaba muerta, pero tampoco estaba aquí. Ella estaba en otro lugar, y nadie la buscaba. Nada de esto tenía sentido para mí. Casi todos los que estuvieron en el funeral lloraron, y eso solo podía significar que casi todos la extrañaban. Entonces, ¿cómo esperaban que ella regresara a casa si no seguían buscándola?

Estoy convencido de que Hiroshi y Kana no dejarían de buscar, y si me hubieran preguntado hace un mes, habría dicho—sin necesidad de detenerme a pensar—que la tía Hayami tampoco. Solo le llevó quince minutos al tío Sajin encontrarme, lo cual podía ser prueba de sus habilidades como héroe, su conocimiento de mí o simplemente un testimonio de lo poco que significaban ciertos lugares para mí. Sentí la arena que usaba para mejorar su movilidad como un faro en la noche, antes de que se detuviera en la hierba al borde del parque. No me volteé a mirarlo, concentrado en el siguiente intento por devolver a Nanami a la vida; algo no estaba bien con la forma en que caía su cabello sobre su rostro, y me inquietaba no recordar exactamente cómo había estado antes. Debería haber llevado la foto conmigo.

—Has estado practicando mucho —dijo el Tío Sajin—. Esto es mucho mejor que la última vez.

El Tío Sajin ahora se apoyaba contra las piernas del columpio, con los brazos cruzados de forma relajada sobre su pecho. Casi un instinto arraigado me empujó a girar el rostro para mirarlo mientras hablaba, pero no quería apartar la vista de Nanami, así que simplemente los observé desde dos ángulos diferentes.

—Todavía no está bien —murmuré.

El Tío Sajin empujó suavemente el marco de metal y se sentó en el columpio junto a mí—era una visión extraña, ver a un hombre tan grande en un columpio que generalmente era para niños. Ambos permanecimos en silencio varios minutos, mientras intentaba corregir el error que había cometido y él me ofrecía pequeñas sugerencias sobre cómo mejorarlo.

—Hayami está muy preocupada por ti —dijo el Tío Sajin en el mismo tono informal—. Salir corriendo en medio de la noche es algo peligroso, Hisoka, especialmente después de lo que acaba de ocurrir.

Sabía, en el fondo de mi mente, que tenía razón y que me exponía a un riesgo al partir solo así, pero no podía sacar de mi cabeza la imagen de las lápidas.

—No debería haber dicho nada —murmuré—. Fue un error.

—Hisoka, el problema no es que hayas dicho algo; tienes derecho a expresar lo que sientes —replicó el Tío Sajin—. Las disputas ocurren, nadie es perfecto, pero salir corriendo así no es una buena solución.

—Lo siento —dije.

—Sé que lo estás, pero todavía eres solo un niño —dijo el Tío Sajin, mirando hacia el cielo—. Habrá más momentos como estos cuando seas mayor.

¿Momentos como estos? ¿Discusiones, lágrimas, o personas que desaparecen de mi vida sin explicación? ¿Momentos en los que estoy en un cementerio en un día cálido y soleado rodeado de extraños con ropas negras y paraguas sin usar? ¿Momentos en los que veo la cara de mi Tía Hayami retorcerse de dolor cuando le digo que había renunciado a Nanami demasiado rápido? ¿Momentos en los que me siento en un parque vacío, sin nada que le haya dado algún significado? El Tío Sajin nunca lo dijo explícitamente, pero ahora era claro para mí que nunca creyó que Nanami volvería.

—Tío Sajin —dije en voz baja—. ¿Alguna vez cometes errores?

—Por supuesto que sí, Hisoka —respondió el Tío Sajin—. He cometido tantos errores a lo largo de los años que he perdido la cuenta.

El Tío Sajin pareció interpretar la pregunta como otra cosa por completo, pues cuando tomó la palabra, fue algo que no esperaba.

—De niño, muchas veces me escapé de casa —dijo el Tío Sajin, soltando después una risa tranquila—. Hayami escapó una vez, pero fue toda una escena dramática, como ella misma, ¿verdad?

—¿Tía Hayami se escapó? —murmuré.

El Tío Sajin sonrió ante mi interés.

—Hayami, mi hermano y yo crecimos fuera de las grandes ciudades, y nos tomó tiempo acostumbrarnos a todo esto después de mudarnos aquí —explicó—. El primer día en la secundaria de la ciudad grande, y Hayami se metió en una pelea enorme con un par de chicas mayores—No recuerdo sus nombres, fue hace al menos dos décadas.

Recuerdo claramente a Tía Hayami de pie en la oficina del director, con las manos apretadas en puños y su piel pálida, como si su poder se activara bajo su furia—aún entonces, era difícil imaginarla peleando de verdad con alguien.

“Hayami fue suspendida por dar el primer golpe, y terminó recibiendo un regaño de nuestros padres,” dijo el Tío Sajin, sonriendo de nuevo. “Tu papá pensó que aquello era muy divertido en ese momento.”

Tenía recuerdos vagos de mis padres, aunque la mayoría de ellos ya se habían desvanecido, y no podía recordar exactamente cómo eran.

“Hayami perdió los estribos, gritó a todos y luego se encerró en su habitación por el resto del día,” explicó el Tío Sajin, “Y mira tú, no respondió a la puerta cuando la enviamos a buscarla para cenar, y cuando finalmente pudimos entrar,—Hayami ya no estaba.”

“¿A dónde fue?” pregunté con intriga.

“Nunca supimos, y ella nunca nos lo contó,” admitió el Tío Sajin, “Regresó a la mañana siguiente con una expresión demasiado satisfecha consigo misma.”

“¿Crees que eso funcionará para mí?” me pregunté, pensativa.

“Es como si siguiera un reloj, ¿no?” comentó el Tío Sajin, sonriendo. “Hayami está más preocupada que enojada, así que ustedes dos solo pueden hacer las paces y todo volverá a la normalidad.”

Me quedé en silencio ante esas palabras—la idea de que la Tía Hayami no estuviera enojada conmigo para siempre era tranquilizadora, pero la noción de que todo volvería a ser como antes era simplemente una puesta en escena cubierta de engaño. Volví a centrar mi atención en la estatua, y por un largo minuto, permanecimos en silencio.

“Hisoka,” dijo el Tío Sajin en el silencio, “Voy a pedirte que me hagas una promesa de nuevo.”

Quizá era porque mi mente ya había comenzado a explorar todas las posibles consecuencias de decidir huir desde que llegué al parque, pero había estado esperando algo así—y por primera vez en mi vida, me sentí profundamente incómodo ante lo que podría pedirme.

“Mucho ha pasado recientemente, y sé lo abrumador que puede ser, pero todo esto es solo temporal,” afirmó el Tío Sajin, “Quiero que pongas todo lo malo fuera de tu mente, y que te enfoques en tus estudios—¿puedes prometerme eso?”

No era una petición demasiado distinta de otras que él me había hecho a lo largo de los años, ni mucho menos difícil de cumplir. De hecho, coincidía bastante con lo que Takeda Yasunari me había recomendado en nuestras sesiones en la escuela. Olvidar lo negativo, concentrarse en los estudios y dejar que todo volviera a la normalidad. Parecía un consejo sensato—excepto por el hecho de que Nanami todavía no había regresado, y seguir adelante significaba que no quedaba nadie más que la estuviera buscando. Lo observé durante un largo momento, estudiando su rostro a la luz de la luna, y entonces permití que la imperfecta estatua de Nanami Kureta se deshiciera por completo.

“Sí, Tío Sajin,” le respondí. “Lo prometo.”

El Tío Sajin extendió la mano y me puso una sobre el hombro, con una sonrisa que parecía ser siempre la misma cuando aceptaba sus promesas. Hasta años después no me daría cuenta, pero ese fue uno de los momentos más decisivos de mi vida—la primera mentira que recordara haber dicho, pero lejos de ser la última.